



**PROGRAMA**  
INTERUNIVERSITARIO  
de  
**HISTORIA POLÍTICA**

INÉS PÉREZ

# El hogar tecnificado

FAMILIAS, GÉNERO Y VIDA COTIDIANA  
1940-1970

**Editorial Biblos**

2012

ya acentuando la distancia entre unos hogares y otros, ya invisibilizando el trabajo doméstico, ya reforzando su identificación con las mujeres.

Los modelos de cocina son conceptos organizadores de los sistemas de objetos que a ella se incorporan. Si los objetos se consumen de acuerdo con tradiciones y usos vigentes, si los nuevos artefactos se domestican de acuerdo con las imágenes del hogar aceptadas, las transformaciones en las conceptualizaciones de la cocina dan una buena perspectiva para analizar la incorporación de las nuevas tecnologías y artefactos a la vida cotidiana, en particular con relación al trabajo doméstico. ¿En qué medida la presencia de estos artefactos modificó los tiempos y modos de realizarlo? ¿Cómo la recuerdan varones y mujeres de distintas generaciones? ¿Cómo jugaron las peculiaridades regionales y, en particular, las del caso aquí analizado, en la forma en que se introdujeron dichos bienes a los hogares? Para el caso de Mar del Plata, esta incorporación comenzó entre las familias de mayores recursos en los años 40 y 50, para llegar a los hogares con presupuestos más restringidos recién entrada la década de 1960. Si para ese entonces la clase media mostraba crecientes signos de estratificación, ¿cómo se produjo esa incorporación en hogares de distintos ingresos? Sobre estas preguntas volveré en el capítulo siguiente.

### CAPÍTULO 3\*

## Las reinas del hogar y sus eléctricos servidores<sup>1</sup> *El trabajo doméstico y la tecnificación del hogar*



Ilustración 1. *Para Ti*, 17 de julio de 1956.

Los modos de habitar modernos están caracterizados por la inserción del hogar en redes sanitarias así como por la provisión de combustibles limpios, como la electricidad y el gas. Estas novedades no

\* Algunos de los tópicos trabajados en este capítulo han sido desarrollados en Pérez (2010c).

1. Si bien hablo en el título de “eléctricos servidores”, en este capítulo analizo también otros artefactos vinculados al trabajo doméstico que funcionan con fuentes de energía no humana, como el gas o el querosén. La expresión “domésticos servidores” está tomada de una publicidad de Casa América que fuera publicada en la revista *Para Ti* en los años 50 y que es reproducida abajo.

sólo transformaron la estructura de la vivienda sino que habilitaron otros usos de los espacios y dieron lugar a una nueva imagen del hogar asociado al progreso técnico. Si la cocina puede concebirse como sinécdoque del hogar moderno, las nuevas máquinas domésticas implicaron que la promesa de modernidad se extendiera al ámbito prosaico, rutinario y femenino de las tareas de la casa. Las novedades aplicaciones científicas utilizadas en objetos domésticos prometían la extensión de un mayor nivel de vida a sectores más amplios de la sociedad. Como ha señalado Denise Lawrence-Zúñiga (2004), “el potencial de la máquina fue esencial para la transformación del hogar, antes estructurado como un centro de producción, en un entorno de consumo” (53-54). Las transformaciones en la estructura de la vivienda y en la provisión de servicios, así como la introducción de nuevos artefactos al hogar (cocinas, heladeras, lavarropas, etc.), marcaron profundas transformaciones en las formas, el tiempo y el esfuerzo implicados en el trabajo doméstico así como en las expectativas a partir de las que se lo realizaba. También marcaron cambios en las representaciones vinculadas a su ejecución (y a sus ejecutores): la estética del confort y la imagen del ama de casa moderna jugaron un papel central en la promoción de las nuevas tecnologías y artefactos para el hogar.

La incorporación de las nuevas tecnologías supuso un esfuerzo físico menos duro, realizado en circunstancias más confortables (Strasser, 1982). La llamada “industrialización del hogar” estuvo caracterizada por una nueva dependencia de la vivienda de fuentes de energía no humana y por su pertenencia a un sistema económico más amplio, del que requeriría a partir de entonces productos y herramientas que ya no podían fabricarse en el mundo doméstico. En este sentido, y considerando el proceso de trabajo en su conjunto, mientras algunas tareas se mercantizaron —la producción de alimentos o vestimenta— o se convirtieron en jurisdicción de distintas instituciones públicas —como la salud o la educación—, otras, sin embargo, permanecieron en la órbita doméstica —como la cocción de los alimentos—, e incluso algunas recién entonces devinieron parte del mundo familiar —en el contexto americano, Ruth Schwartz Cowan (1983) señala el transporte de personas y bienes como una de las nuevas tareas del ama de casa—. Ésta es una de las razones que explica el bajo impacto que las máquinas domésticas tuvieron sobre el tiempo destinado al trabajo del hogar (Vanek, 1974). Por otra parte, la incorporación de las nuevas tecnologías al hogar también fue acompañada de un refuerzo de la desigualdad social y de género (Roberts, 1991; De Vault, 1991).

En América Latina, el trabajo doméstico y la figura del ama de casa han recibido escasa atención por parte de la historiografía (French-Fuller, 2006: 79). Los estudios disponibles han mostrado fuertes correspondencias con las transformaciones observadas en Estados Unidos y Europa, pero también —y centralmente— han puesto de relieve una serie de peculiaridades en la adopción de las tecnologías y los artefactos vinculados a la tecnificación del hogar y a las transformaciones en el trabajo doméstico. En este sentido, se ha señalado que el consumo de artefactos que mecanizaban las tareas de la casa fue menos central que el observado en otras latitudes, mientras que las recomendaciones para las amas de casa estaban centradas en el logro de un gasto racional de los recursos del hogar (Weinstein, 1996; French-Fuller, 2004).

El tópico de la profesionalización del ama de casa ganó popularidad en distintos discursos de circulación masiva desde los años 20. Sin embargo, el consumo de artefactos que mecanizaban las tareas de domésticas sólo se transformó en un elemento central de ese discurso décadas después, en consonancia con una política de industrialización “liviana”, sostenida en el consumo de bienes durables de origen nacional (Bontempo, 2006). Las máquinas para el hogar (desde los electrodomésticos a los artefactos a gas) tuvieron un lugar central en los discursos que prometían la “liberación” de las amas de casa. Sin embargo, esa “liberación” fue más problemática de lo que podría suponerse: si los artefactos domésticos disminuyeron el esfuerzo implicado en las tareas que realizaban diariamente, tuvieron, en cambio, un efecto relativamente menor sobre el tiempo que invertían en ellas (Pérez, 2010c). ¿De qué manera, entonces, la tecnificación del hogar supuso cambios en el trabajo doméstico?<sup>2</sup> En este capítulo abordo la cuestión, centrándome en un período en que nuevas tecnologías, combustibles y artefactos llegaron a buena parte de los hogares del país, aunque con diferencias regionales notables.

Si el cambio en la provisión servicios, así como las transformaciones en la estructura de la vivienda y de los espacios urbanos, marcaron los tiempos y las formas de las transformaciones en el trabajo doméstico de un modo más directo, sostendré, en cambio, que la historia de su mecanización presenta multiplicidades de usos, tiempos y formas que sólo cobran sentido a la luz de tradiciones y usos sociales. En particular, sostendré que la reducción del tiempo del trabajo doméstico estuvo más estrechamente vinculada a los cambios en los

2. Algunos de estos problemas fueron tratados en Pérez (2010b).

estándares a partir de los que se lo evaluaba, y a la posibilidad de compartirlo con otras personas —en general, otras mujeres—, que a la presencia de nuevas tecnologías. La provisión de distintos bienes y servicios marcó profundas desigualdades en las condiciones materiales de ese trabajo, en especial en el esfuerzo requerido de mujeres de distintos sectores sociales.

### 1. Circulación y usos de los artefactos domésticos

La aparición de los primeros electrodomésticos modernos comenzó entre fines del siglo XIX y comienzos del XX —la plancha eléctrica fue creada en 1886, la aspiradora portátil en 1908, el lavarropas automático en 1929—. Sin embargo, su uso práctico generalizado fue posterior. Recién en la década de 1940 dicha mecanización alcanzó a la mayor parte de la población de los países europeos, cuando tanto los precios de la electricidad como los de los electrodomésticos se volvieron más accesibles (Lawrence-Zúñiga, 2004).

En la Argentina, como ya se ha señalado, los años 40 y 50 se caracterizaron por el acceso masivo a bienes de primera necesidad y por una nueva tendencia a la diversificación en el consumo. El descenso más significativo del peso de los bienes “básicos” (vivienda, alimentación y combustible) se registró en el período 1943-1960, intensificándose, aunque de manera más lenta, en la década siguiente (Marshall, 1981). Desde 1956, por otra parte, es posible observar un descenso relativo y continuado de los precios de los bienes durables, en particular de los aparatos eléctricos, que se explica, en buena medida, por el aumento de la producción local de este tipo de bienes.<sup>3</sup> En efecto, la producción de maquinaria y aparatos eléctricos creció y se diversificó de modo notable hacia fines de los 40, impulsada por una distribución del ingreso más equitativa (Pampín, 2008).

La producción de lavarropas y heladeras eléctricas —que había comenzado a desarrollarse hacia mediados de los años 30 (Rocchi, 2003)— tuvo un fuerte impulso durante la década de 1950, y especialmente en la de 1960. Estos niveles de producción se mantuvieron hasta los años 80. La producción de heladeras eléctricas se duplicó entre 1955 y 1973, año en que alcanzó su punto máximo. Otro rubro

3. De acuerdo con Adriana Marshall (1981), sin embargo, esta tendencia histórica es mejor explicada por la intervención del Estado (junto al movimiento favorable de los salarios reales) que por factores más estrictamente económicos (como los costos o los precios).

de importancia fue el de las cocinas y calefones, que ya en 1950 mostraba una producción de 310.000 unidades anuales, que llegarían a ser 713.000 en 1975.<sup>4</sup> Durante el período 1950-1975 también es posible observar una importante producción de televisores, calefactores y máquinas de coser.<sup>5</sup> Para 1969, de acuerdo con el Consejo Técnico de Inversiones, el 80% de las viviendas electrificadas poseían una heladera eléctrica. Otros artefactos ganaban espacio: grabadores, tocadiscos y turbocirculadores de aire (aparatos de aire acondicionado), además de la vedette de la década: el televisor. Hacia fines de los años 70, los artefactos importados comenzaron a tener un peso mayor en el mercado nacional (Dorfman, 1983).

Las cifras citadas no debieran llevar a suponer un consumo generalizado de este tipo de artefactos. Por una parte, las diferencias de clase resultaban sumamente significativas: los obreros sólo se incorporaron masivamente al mercado de algunos bienes durables (como heladeras y televisores) entre 1963 y 1969 (Marshall, 1981). Por otra parte, las diferencias regionales no deben menospreciarse. En 1960, el distrito del país con una mayor proporción de viviendas equipadas con este tipo de bienes era la Capital Federal, seguido por los partidos que conforman el Gran Buenos Aires. Aun así, de las 1.630.973 viviendas censadas en la provincia de Buenos Aires en ese año, sólo el 42 % poseía una heladera eléctrica, casi el 28% poseía una cocina a gas (de red o envasado) y el 33% contaba con un lavarropas. En buena medida, estos números se vinculan a la desigual estructura de provisión de servicios que se detallará más adelante.<sup>6</sup>

Asimismo, si en 1954 en la provincia de Buenos Aires había 315 establecimientos de comercio minorista dedicados a la venta de heladeras, lavarropas, licuadoras, etc., para 1963 se habrían multiplicado casi cuatro veces.<sup>7</sup> En la ciudad de Mar del Plata, dis-

4. Con relación a la producción de heladeras eléctricas, se pasó de 40.000 unidades anuales en 1950 a 130.000 en 1955, y a 206.000 en 1960. El crecimiento en la producción de otros artefactos también fue intenso: de los 19.000 lavarropas que se fabricaban en 1950 se pasó a 100.000 en 1960 (Dorfman, 1983).

5. De acuerdo con el Consejo Técnico de Inversiones, la producción de lavarropas alcanzó su máximo nivel del período en 1974, al igual que la de cocinas, que para esa fecha habría alcanzado las 529.000 unidades. *La economía argentina 1960-1985*. Buenos Aires, Consejo Técnico de inversiones, 1986.

6. *Censo Nacional de Vivienda 1960*, t. 1, Instituto Nacional de Estadística y Censos.

7. *Censo Nacional de Comercio*, 1954, Dirección Nacional de Estadística y Censos; *Censo Nacional Económico*, 1963, Instituto Nacional de Estadística y Censos.

tintas tiendas que habían sido fundadas en la primera década del siglo xx, y que se dedicaban mayormente a la venta de artículos para la construcción, carpintería y ferretería (como José Tiribelli, fundada en 1905, o Casa Fava, fundada en 1909), incorporaron en esos años la venta de electrodomésticos, cocinas y calefones a gas. Al mismo tiempo, se abrían algunas de las que serían las casas de electrodomésticos más importantes de la ciudad, aquellas en las que buena parte de mis entrevistados adquirieron sus propios electrodomésticos (Roberto Miliffi, José Fazio, Casa Radar, Francisco P. Uriaguereca, Montecchia, etc.). Sólo entonces, comenzaron a observarse publicidades de electrodomésticos que podían comprarse en la ciudad: hasta los años 40 predominaban las de tiendas de Buenos Aires, a las que se solicitaban los productos por catálogo.

Los artefactos más requeridos eran heladeras, lavarropas y cocinas a gas. Los vinculados con el trabajo doméstico, sin embargo, eran desplazados por los asociados al entretenimiento: en los 60, los primeros televisores; en los 80, los televisores a color y los equipos de audio. Para quienes vendían estos objetos, los clientes más esperados eran los constructores que buscaban equipar edificios de departamentos enteros, que serían luego vendidos o alquilados como residencias de veraneo para turistas. El incremento del consumo de estos productos tuvo un fuerte impulso inicial en la construcción para aquellos turistas que, en sus vacaciones, buscaban reproducir el confort doméstico al que estaban acostumbrados.

En estos años y aun hasta entrada la década de 1980, el pago en cuotas, a través de cuentas corrientes financiadas por la propia casa de artículos del hogar, era el medio más habitual para la comercialización de estos objetos. En 1954, por ejemplo, los ingresos provenientes del comercio al por menor de artículos para el hogar alcanzaron la cifra de 2.959.434 de pesos en la provincia de Buenos Aires, cifra compuesta en partes iguales por ventas al contado y ventas en cuotas.<sup>8</sup> Las relaciones personales jugaban un papel importante en la elección del comercio donde adquirir estos artefactos que, aunque accesibles, no dejaban de ser costosos. En los relatos de los entrevistados, suele destacarse el vínculo con una persona del comercio en el que se efectuó una compra importante, vínculo al que se presenta como fundamento de favores y facilidades recibidos en la transacción (obviar requisitos habitualmente solicitados, otorgar un

8. *Censo Nacional de Comercio* de 1954, Dirección Nacional de Estadística y Censos.

descuento, etc.). Los vendedores entrevistados también hacen gala de las redes personales que su trabajo permitía tejer.

A pesar de que el peso de las relaciones personales parece haber sido similar en los comercios dirigidos a públicos de distintos sectores sociales, los requisitos para la venta a crédito no eran los mismos: los comercios que se dirigían a personas de mayor poder adquisitivo, como Fazio, solían solicitar un título de propiedad inmueble para vender a crédito; aquellas que apelaban a un público de menores recursos económicos, como Radar, requerían únicamente un recibo de sueldo. Esta diferencia se traducía en intereses más altos en las cuotas cobradas por los comercios con créditos más accesibles.

Las relaciones personales fueron también centrales en el circuito de artefactos usados. Buena parte de mis entrevistados compraron alguno de los primeros artefactos domésticos a un vecino, lo intercambiaron por un favor o por algún otro bien. Se trata en general de quienes poseían una posición económica más ajustada. Sin embargo, la importancia de estos circuitos debe considerarse a la luz de lo descrito por algunos vendedores de artículos para el hogar que recuerdan que, en Mar del Plata, todavía en los años 60, para comprar una heladera había que inscribirse en una lista y esperar alrededor de tres semanas. Encontrar otra vía no sólo podía implicar un precio más bajo —o incluso la ausencia de dinero en el intercambio— sino también la posibilidad de adquirir el bien en cuestión más rápidamente.

Aunque los discursos que promovían el consumo de estos artefactos fortalecieron tanto la división sexual del trabajo como el imperativo de que tales tareas se desarrollaran en el marco del hogar unifamiliar (Nolan, 1990), los relatos de los entrevistados dan cuenta de prácticas que no se acomodan tan fácilmente a ellas, condicionadas por las diversas temporalidades en el acceso a estos artefactos. Su incorporación al hogar implicó períodos más o menos prolongados de usos compartidos con personas ajenas a la familia nuclear, fueran otros parientes o vecinos. Si todavía en los años 30 era frecuente compartir artefactos como la cocina a carbón, ya para los años 50 su uso familiar era el más habitual. Sin embargo, algunos artefactos todavía se compartían. Algunos de esos usos perduran incluso hasta el presente, entre hogares emparentados y cercanos en el espacio.

Las estrategias de localización de las viviendas observadas en el capítulo 1, que indican la presencia de redes de intercambio con algunos miembros de la familia extensa, jugaron un papel importante en la resolución de distintas necesidades cotidianas. El viaje de los artefactos pequeños entre estos hogares es una de las instancias en

donde la pervivencia de dichas redes es visible. La organización del espacio en el que se sitúan también es significativa en otros sentidos. Por una parte, el hecho de que algunas familias ya poseyeran ciertos artefactos podía incentivar su adquisición por parte de otros vecinos (Douglas e Isherwood, 1979). Alcanzar ciertos bienes con anterioridad a los otros era un signo de distinción, marca de la distancia social entre unos y otros. En palabras de Perla, “*venían todos a verlo que te habías comprado...*” (Mar del Plata, septiembre de 2009).

Quizá el ejemplo más extremo de estos usos compartidos sea el del alquiler de lavarropas. Si bien no se trata de una práctica extendida, el hecho de que existiera da cuenta de que las lógicas a partir de las que estos artefactos se introdujeron en la vida cotidiana no excluían usos intensamente alejados de los prescriptos en aquellos discursos que promovían su consumo. Uno de mis entrevistados, Julio, vivía en Navarro, provincia de Buenos Aires, cuando ideó este negocio que funcionó algunos años. Junto con su socio, recibían encargos de las amas de casa, a quienes alquilaban los lavarropas por hora llevándolos hasta su domicilio en un carrito tirado por una bicicleta. Tal éxito tuvo el emprendimiento, que los dos lavarropas iniciales llegaron a ser seis. Historias como ésta sólo son comprensibles por las ansias que generaban los nuevos artefactos incluso a quienes no podían comprarlos. La masificación de su consumo acabaría pronto con el negocio. En Navarro, por un tiempo breve, sin embargo, el glamour de los nuevos artefactos y la promesa de “liberación” estuvieron en alquiler.

*Nosotros ya teníamos el pedido que ponele a las cuatro de la tarde se lo llevábamos a Fulana de Tal. Por una hora. Por una hora lo alquilábamos. Y ellas tentan preparada la ropa, digamos en un fuentón, en remojo. En remojo la tenían. Claro, la mujer acostumbrada a fregar... Porque eran los lavarropas simples. Redondo, un tambor, y al costado la turbina. Ponían el agua nada más, no secaban ni nada. (Entrevista a Julio y Perla, Mar del Plata, septiembre de 2009)*

Los artefactos no sólo circulaban a partir de los préstamos; también eran vendidos y regalados. Un circuito que resulta relevante para observar los sentidos con los que fueron investidos es aquel que incluye a empleadores y empleadas domésticas. Como se dijo en el capítulo anterior, en la Argentina, a pesar de la disminución en la cantidad de empleados domésticos por hogar y el desarrollo de otras opciones para quienes antes se empleaban en estas ocupaciones (el

trabajo en las fábricas, por ejemplo), la práctica de contar con una empleada doméstica siguió siendo habitual entre los hogares de sectores medios durante la segunda mitad del siglo xx (Nazar, mimeo). Los regalos de distintos objetos, entre ellos artefactos domésticos (Rollins, 1985; Brites, 2003), pueden también observarse en el entorno local.

Como se dijo en el capítulo anterior, Rita nació en Necochea en 1940, y al año de vida su familia ya se había mudado a Mar del Plata, ciudad en la que ella viviría hasta el presente. Comenzó a trabajar como empleada doméstica después de su segunda separación, en la última mitad de los 70. También fue a partir de esa separación que se mudó a una vivienda que en su propia percepción era muy precaria. El contraste con las casas donde trabajaba era muy intenso tanto en términos de la planta de la vivienda como de la infraestructura de servicios y de los artefactos utilizados en el trabajo doméstico. Sin embargo, en distintos momentos, enfatiza su relación con este estilo de vida, del que destaca especialmente una capacidad de consumo en la que el acceso a los artefactos domésticos tiene notable relevancia. Las privaciones materiales que vivió en el tiempo que trabajaba como empleada doméstica—algunas de las que se mantienen en el presente—son presentadas como accidente, no como esencia (“*yo no nací siendo una sirvienta*”). La posibilidad de comprar un freezer aparece como condición de humanidad, garantía de la igualdad entre empleadora y empleada.

*Yo no nací siendo una sirvienta; no fuimos potentados, pero en mi casa se compraba hasta los cajones de fruta. Venía el verdulero a la puerta. Se compraba todo por mayor. Íbamos a los mercados, comprábamos como todo ser humano. Porque mi papá ganaba bien [...]. Porque yo, aparte, cuando tenía mi primer marido, no digamos que teníamos ahh, pero se tenía. Se tenía una cocina a gas... No yo... en casa de mi mamá tenían heladera, no tenían freezer. Yo tampoco tengo actualmente. Mis hijos sí, pero yo no. Bueno, algún día lo voy a tener, por qué no. Por qué no voy a poder tener un freezer. Sí. Mío. (Entrevista a Rita, Mar del Plata, marzo de 2010)*

La distancia entre el estilo de vida del hogar de la trabajadora y el de aquel donde se desempeñaba laboralmente, observada en otros casos, no desaparece en el relato de Rita, aunque adquiere matices peculiares. El contraste entre el mundo propio y el de los empleados observado en los casos de empleadas domésticas migrantes que estaban transitando sus primeros años en el mundo urbano no es

central en su relato (Jelin, 1976; Canevaro, 2009). En cambio, la desigualdad –más que la diferencia– es un elemento medular. Los servicios y los artefactos con los que estaban equipadas las casas de sus empleadoras son una marca de lo que ella tuvo y perdió, de lo que ansía volver a tener. Más que herramientas de trabajo, son presentados como materialización de un cierto estatus social, como marcas de un estilo de vida al que logró acceder (y del que fue excluida).

*Rita: –No teníamos agua adentro en aquel tiempo. Hasta que mi hijo vino a vivir con nosotros que lo instaló él y que se pudo... No teníamos baño adentro tampoco. Era un garaje. Repartido cocina, baño. Eh, no. Cocina, habitación.*

*Entrevistadora: –¿Y cocina sí tenían? Digo, el artefacto.*

*R.: –En aquel momento teníamos un calentador Bram-Metal. [...]*

*E.: –¿Y en las casas donde usted trabajaba? ¿Cómo era lavar en su casa y en las otras? ¿Cómo era la diferencia?*

*R.: –¿La diferencia era mil veces porque yo no tenía ni agua! (Entrevista a Rita, Mar del Plata, marzo de 2010)*

Como se desprende del relato de Rita, las desigualdades más profundas, en términos de las facilidades materiales para la ejecución de este trabajo, no están en la presencia o ausencia de distintos artefactos, sino en la presencia o ausencia de ciertos servicios.

## 2. Tiempo y esfuerzo, bienes y servicios

*Entrevistadora: –... ¿y en términos de los artefactos de la casa? ¿Cuándo usted se mudó a esta casa tenía...?*

*Felisa: –Tenía gas. (Entrevista a Felisa, Mar del Plata, junio de 2008)*

Observando las entrevistas, se detecta un desplazamiento recurrente que resulta significativo. La pregunta por los artefactos domésticos da lugar a una respuesta inesperada. En ella, más que los aparatos, se describen los combustibles necesarios para hacerlos funcionar; más que los bienes, los servicios. Este desplazamiento indica que ante la pregunta por los artefactos de la casa, muchas entrevistadas ponderan la información acerca de los servicios como una respuesta más pertinente que la propia enumeración o descripción de dichos artefactos. La provisión de servicios aparece como un elemento central en la descripción de las trans-

formaciones en el trabajo doméstico. Lo limpio que resulta el uso del gas frente a otros combustibles, la comodidad de abrir una canilla y tener agua caliente son, en este sentido, elementos de una transformación en el trabajo de la casa tan –o quizá incluso más– importante como la “generada” por la introducción de los distintos artefactos domésticos.

El cambio de combustibles es un elemento central en el recuerdo de las mujeres. En este sentido, Oscar Traversa (1997) ha señalado que el cambio del carbón o la leña al querosén o al gas era intensamente recuperado en el recuerdo de amas de casa que estuvieron activas entre 1935 y 1960. De acuerdo con este autor, incluso, “el uso de la heladera eléctrica y los cambios en la comercialización de alimentos –las otras modificaciones de técnica “fuertes”–, si bien importantes, no gozan para las entrevistadas de la misma impronta dramática” (13). Los tiempos de cocción, el encendido del fuego y, especialmente, las cuestiones vinculadas a la higiene son los elementos sobre los que las mujeres centran sus relatos.

Los recuerdos de infancia de Juana y Norma, que transcurrieran entre los años 30 y 40, vuelven sobre unas cocinas a leña y carbón que estaban en su casa pero que eran también usadas por las vecinas que llevaban un peceto o un pastel de papas para hacer en el horno mientras se daba algún otro uso a las hornallas. Juana y Norma provienen de familias de sectores populares, residentes en distintas zonas de la ciudad: la familia de Norma vivía en una vivienda colectiva en el centro de Mar del Plata; la de Juana, en un barrio cercano a la estación de trenes, en una vivienda modesta. Ambas describen aquellas cocinas como unos aparejos de hierro enormes, que se encuciaban muchísimo por el carbón y la grasa y que, invariablemente, ellas (las hijas) debían limpiar hasta dejar relucientes. Aquí se observa no sólo la referencia a los combustibles y a la diferencia que, por sí mismos, supusieron en términos del trabajo doméstico, sino a los usos compartidos de ciertos artefactos reseñados. La misma lógica se usó también, en muchos casos, con relación a los servicios.

En el capítulo 1 se señaló que la construcción de una segunda y hasta una tercera vivienda en el terreno de la casa propia era una estrategia habitual entre las familias de sectores medios marplatenses. Ya fueran alquiladas o prestadas a algún miembro de la familia, en muchos casos los servicios no estaban separados. Esa situación generaba numerosos conflictos.

*Entrevistadora: –Y esta parte que construyeron además es una vivienda independiente...*

*Perla: —Sí, sí. Juntas pero independientes. Y a lo largo de los años se le fueron haciendo comodidades y divisiones porque por ejemplo al principio era todo un problemón porque se compartía el gas, los tubos de gas. Eso de los tubos de gas es otra. Porque vos tenías... Vos imaginate que las casas compartíamos los tubos de gas. Estaba la que no cocinaba nada y la que cocinaba todo. La que te gastaba todo. Entonces era, mirá, un drama el día que hacías una torta de más porque la otra estaba sacando la cuenta de que vos estabas gastando [...]. Hasta que vino el gas natural y entonces ya pudimos dividir. Y se le fueron haciendo mejoras hasta que hoy tienen todos los servicios necesarios. (Entrevista a Perla, Mar del Plata, septiembre de 2009)*

Incluso dentro de una misma ciudad, el acceso a los servicios se produjo en tiempos distintos. El centro y los barrios de clase media tuvieron electricidad más tempranamente. Las familias que habitaban zonas populares o barrios que se desarrollaron más tardíamente tuvieron electricidad ya entrados los años 60, aunque la continua expansión de la ciudad implicó que durante todo el período trabajado existieran zonas no cubiertas por este servicio. Lo mismo sucedió con el agua corriente. El gas de red y las cloacas, en cambio, llegaron sólo décadas más tarde a la mayor parte de los hogares marplatenses.

Este crecimiento se enmarca en procesos de orden nacional de más largo plazo. En términos generales, podemos señalar que entre 1950 y 1980 el consumo residencial de energía eléctrica creció sostenidamente en el conjunto del país, duplicándose cada diez años.<sup>9</sup> La intensificación del uso de energía eléctrica puede rastrearse desde décadas anteriores y es explicada, al menos en parte, por la disminución relativa de su precio con relación al índice general de costo de vida. En este sentido, mientras que entre 1943 y 1953 el costo de la energía eléctrica se había duplicado, el nivel general del costo de vida se había casi sextuplicado.<sup>10</sup>

Para 1960, casi el 78% de las viviendas de la provincia de Buenos Aires contaba con iluminación eléctrica, superando al 69% correspondiente al total del país. El servicio de agua potable pasó de cubrir

a 300.000 personas en 1940 a 3.526.800 en 1979. A pesar de este crecimiento sostenido, las desigualdades regionales eran notables. Si para 1960 casi el 100% de las viviendas de la Capital Federal estaban provistas de agua por el servicio público, sólo el 46% de aquellas situadas en las áreas urbanas de la provincia contaban con él.<sup>11</sup> El servicio cloacal, por su parte, se mantuvo en niveles muy inferiores durante todo el período, alcanzando en términos generales la mitad de la población cubierta por el servicio de agua de red.<sup>12</sup> Para 1980, casi la mitad de la población de la provincia (excluidos los partidos del Gran Buenos Aires) contaba con agua corriente y sólo el 21% tenía gas de red, mientras que casi el 73% se abastecía con gas envasado. Nótese que otros combustibles utilizados para cocinar, sin embargo, habían perdido prácticamente importancia: apenas el 6% de la población utilizaba uno distinto del gas.<sup>13</sup>

Mar del Plata, sin embargo, tuvo un acceso más temprano a estos servicios en relación al resto de la provincia.<sup>14</sup> Para 1960, el 93% de las viviendas de la zona urbana del partido de General Pueyrredón contaba con iluminación eléctrica y el 57% disponía de agua corriente. Si a eso se añade el casi el 26% que tenían una bomba a motor, se observa que más del 82% de las viviendas se abastecían de agua por medios que ya no demandaban un esfuerzo considerable (bomba manual, pozo u otras fuentes).<sup>15</sup> Las décadas de 1960 y 1970 mostraron un importante crecimiento del consumo de electricidad y agua potable, tanto por la extensión de las redes como por el incremento de lo demandado por cada hogar. A partir de los años 60, por otra parte, el consumo de gas en garrafas comenzó a sustituir el de querosén, y en los 70, la red de gas natural empezó a cubrir a un porcen-

11. Este dato es, de todos modos, impreciso, puesto que está calculado sobre el total de población de la provincia en 1980 y el total de la población con acceso a ese servicio en 1979 (lo que da el 32,4%). De todos modos, es un indicio bastante aproximado del nivel de cobertura del servicio para esta última fecha.

12. *Anuario Estadístico de la República Argentina 1980.*

13. *Censo Nacional de Población y Vivienda 1980, Serie C. Vivienda*, t. 1. País por provincias, Instituto Nacional de Estadística y Censos.

14. En Mar del Plata ya en 1904 se había formado una compañía privada de electricidad, cuya Usina fue comprada por la Compañía de Electricidad de la Provincia de Buenos Aires en 1910 (el resto de las instalaciones y motores fueron adquiridos por esta compañía en 1912) (Cova, 1995).

15. *Censo Nacional de Vivienda de 1960*, t. II, Instituto Nacional de Estadística y Censos.

9. *Anuario Estadístico de la República Argentina 1980*, Buenos Aires, Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, 1981-1982.

10. *Anuario Estadístico de la República Argentina 1957*, Buenos Aires, Dirección Nacional de Estadística y Censos, 1957.



taje cada vez mayor de la población local.<sup>16</sup> Para 1980, más del 95% de las viviendas contaban con servicio de electricidad, el 65% tenía agua corriente, más de la mitad estaban incorporadas al sistema público de cloacas y el 36% disponía de gas de red.

La diferencia temporal en el acceso a estos servicios no sólo generó profundas diferencias regionales sino que implicó fuertes desigualdades entre diferentes sectores sociales (Roberts, 1991). Así, en el tiempo en que Felisa tenía su propia bomba de agua a motor, agua caliente gracias a un calefón a gas y un lavarropas Martinco, la madre de Adriana debía utilizar una bomba manual para obtener el agua que después debía calentar en un fuentón para bañar a sus hijos o para lavar la ropa. Felisa tuvo todos esos artefactos ya desde inicios de los años 50 y la madre de Adriana recién en los 70: estos casos dan cuenta de que las transformaciones en el trabajo doméstico se dieron de modos diferentes, con ritmos y formas desiguales y simultáneas.

*Igual que el tema del lavarropas. Mirá, te cuento. Primero era la bomba. Bombear para sacar el agua. Y mi mamá que tenía la casa siempre... Yo la admiraba por cómo trabajaba... la ayudábamos lo que podíamos... La llenábamos lo que podíamos. Y después, calentarla en un fuentón bien grande para poder bañarnos. Uno por uno. Eso era de chiquitos. Después, ya el calefón a alcohol. Eso sí, ponías alcohol, prendías un fósforo y con eso calentabas y salía el agua calentita. Todo eso era para bañarnos [...] La bomba, después el motor, que en lugar de bombear, había un motor que tiraba y llenaba el tanque. Y después imaginate el agua corriente lo que fue. Y después el asfalto. El asfalto pasa cuando yo tenía casi diecisiete años. (Entrevista a Adriana, Mar del Plata, junio de 2008)*

*Estaba bien diagramada la casa y yo no tenía que salir afuera para nada... Entonces yo tenía todo adentro. Yo no necesitaba salir. Porque el motobombear estaba metido donde era mi lavadero... Estaba bien diagramada la casa. (Entrevista a Felisa, Mar del Plata, junio de 2008)*

Las transformaciones en la provisión de servicios públicos habilitaron distintos cambios en el tiempo y el esfuerzo invertidos en el trabajo doméstico. Los artefactos, en cambio, parecen haber tenido un efecto menor en el tiempo total destinado a este trabajo.

16. Véanse los Anuarios Estadístico de la Municipalidad de General Pueyrredón.

En muchos casos, sólo mecanizaban uno de los aspectos de la tarea en cuestión. En un tiempo donde los estándares de acuerdo con los que se las evaluaba eran más exigentes, las tareas seguían teniendo una serie de pasos que no podían obviarse y sólo algunas de ellas eran simplificadas por las máquinas domésticas. Había un "saber hacer" las tareas de la casa que no podía ser mecanizado y que era, además, una marca de distinción. Saber cuidar un parquet era, también, mostrarse distinto de aquellos que lo habían quemado y que le habían dejado marcas de botellas de vino. Más allá de que los nuevos bienes eran una marca de estatus (el piso, primero, y luego la lustradora), tener un hogar bien cuidado era una marca central de la respetabilidad familiar, quizá incluso mayor que la de poder ostentar algunos bienes (cuyas complejas jerarquías analizaré en el próximo apartado). Ello demandaba que una serie de tareas se realizaran manualmente. La distinción no provenía sólo de los artefactos o bienes que se poseían sino del modo en que se hacían las tareas de la casa (De Vault, 1991).

*El piso de parquet se pasaba primero una viruta gruesa, todo a mano, yo recuerdo que te ponías una viruta en un pie y con un pie ibas rasqueteando en el sentido de las maderas. Las maderas estaban puestas como espigas, primero en un sentido y después en el otro. Después de eso, salía cualquier cantidad de... de polvillo. Eso se barría, se limpiaba y después se le pasaba cera. Al otro día se le pasaba cera, se le volvía a pasar, y después cuando ya estaba seco se le pasaba un trapo seco, porque después vino la lustradora. Que ya fue también otro adelanto. (Entrevista a Perla, septiembre de 2009)<sup>17</sup>*

*Carina: -Los pisos que tiene en la habitación son parquet. Los pisos que tiene en la habitación de ella, es un color clarito. Muy lindo piso. Con una viruta, así, porque estaban ubicados así y así. Y les daba así al que es así y así al que es así... Y ahora ya no lo puede hacer, porque no lo puede hacer. Tiene tres by-pass hechos... Pero si pudiera, lo haría.*

*Entrevistadora: -Ahora, cuando usted era chica, y no tenía la lustradora, no tenía lavarropas, no tenía la batidora...*

*C.: -No tenía esos pisos tampoco. El parquet... Ese es el tema. (Entrevista a Carina, Mar del Plata, agosto de 2008)*

17. El padre de Perla más tarde trabajó como vendedor por cuenta propia. Su madre, en ese tiempo, abrió una panadería.

Por otro lado, como se desprende del fragmento anterior, en muchas ocasiones la incorporación de uno de estos artefactos al hogar fue simultánea de la creación de una nueva tarea. En algunos casos, poner parquet sólo tenía sentido si se podía comprar la lustradora para mantenerlo adecuadamente. La mecanización del hogar habría dado lugar al surgimiento de toda una serie de nuevas tareas que, a pesar de ser físicamente menos demandantes, consumían igual cantidad de tiempo (Wajcman, 1995). Esas nuevas tareas estaban implícitas muchas veces en la puesta en funcionamiento o en el mantenimiento de los artefactos. El prestigio vinculado al “saber hacer” ciertas tareas domésticas, sin embargo, no es el mismo para todas las mujeres. Los clivajes generacionales tienen, en este sentido, cierta importancia. Así, Carina –que, como se recordará, nació en 1959– presenta ese saber hacer como propio de la generación de su madre, que implica un esfuerzo que ella ya no quiso hacer. Felisa, en cambio, que contrajo matrimonio en 1949, todavía hoy lo tiene como una fuente de orgullo.

*Porque como nosotros somos de familia extranjera... las españolas son muy limpias. [...] son meticulosas hasta para limpiar... colgar la ropa. Yo soy así. Mi nuera es un desastre... ¿Vos te lavaste alguna vez una cosa? Lo negro se tiende del revés, para que no te lo decolore, te lo destiña el sol. Ella lo tiende todo del derecho, todo como le viene. Y yo le digo: “¡Pero te arruinás toda la ropa!”, “Ah, dejame, no importa...”. Yo para tender la ropa hay cosas que las tiendo en perchas. Ahora que la ropa trae toda algo de acrílico, algo así, yo la tiendo del revés, si es algún pulóver o algo yo lo tiendo del revés, en una percha, le pongo dos brochecitos acá para que no se me estire, que no se me caiga... (Entrevista a Felisa, Mar del Plata, junio de 2008)*

Ese cuidado que las hijas (o las nueras) ya no tienen no parece haberse perdido por la incorporación de los distintos artefactos domésticos sino por las transformaciones en lo esperado de las amas de casa. Esta transformación no es lineal ni unívoca. Algunas de las entrevistadas más jóvenes reivindican el saber transmitido por sus madres como una marca de estatus, un saber del que hoy la mayor parte de las mujeres carecen. Es el caso de Nilda, que nació en 1948 y vivió hasta su casamiento en San Genaro Norte, un pueblo de la provincia de Santa Fe. Nilda plantea esta oposición en términos del saber de la gente del campo y el de la de la ciudad:

*Otra gente, yo lo veo en mis amigos, gente conocida, que comen bien quince días al mes y después ya están a sandwichitos o salchichitas. En cambio acá se come, se comía, del 1 al 30 era siempre igual. Pero porque yo tenía esa enseñanza, esa cultura. La gente de la ciudad no la tiene porque no pasó esas necesidades. Aun teniendo plata, si no iban al pueblo, vos no podías ir a comprarla [la comida] [...] Yo siempre digo que las miserias que yo he vivido en estos tiempos, si no hubiera sido por la enseñanza que tuve cuando era chica, yo me hubiera muerto de hambre. Yo hubiera tenido que salir a pedir a la calle. Porque a vos en el campo te enseñan todo [...] Yo lo veo con mis primas de Santa Fe. Las chicas que se han criado en la ciudad no se saben desenvolver, gastan más, o tienen que ir a cursos de cocina, cursos de esto, cursos de aquello, que nosotros ya lo hacíamos más por razonamiento que por otra cosa. (Entrevista a Nilda, Mar del Plata, marzo de 2010)*

El trabajo doméstico se expande hasta ocupar todo el tiempo disponible (Schwartz Cowan, 1994). Muchas veces era “necesario” realizar una misma tarea más de una vez a lo largo de un mismo día. Las tareas domésticas ocupan todo el tiempo disponible, en buena medida, porque sus resultados son efímeros. Esta peculiar característica del trabajo doméstico es también explicada por la devoción hacia el hogar que fue requerida al ama de casa en la modernidad (Miller, 1999). Cuanta mayor dedicación se pusiera en la ejecución de las tareas domésticas, mayor sería el amor expresado hacia la familia; cuanto menos cuidado el “detalle”, mayor el “fracaso” de la dueña de casa.

*El encuentro de ellas [las mujeres de la generación de su madre] era la visita. A las tres, tres y media de la tarde, la visita. Hasta las cinco y media, seis. La visita no se anunciaba porque no había teléfonos, o había pocos. O sea que la visita te caía de sorpresa, cosa que ahora eso no se estila. “Vas a estar, te llamo.” Antes vos ibas a una casa porque sabías que el ama de casa estaba. Quién iba a salir, salvo que tuvieras que ir al médico [...] Yo de atrás me acuerdo un día que vino una tía que era re charlatana, entonces mi mamá me hizo una seña y yo de atrás ordené el baño, puse toallas, qué sé yo... porque era eso, el qué dirán. “Te imaginás que si llega a venir la tía Carmen y nos ve que...” [...] Se cuidaba mucho ese detalle porque era como un fracaso de la mujer. (Entrevista a Perla, Mar del Plata, septiembre de 2009)*

Una casa limpia, ordenada, presentable, era relevante en la subjetividad de muchas mujeres. El centro de esas consideraciones, sin

embargo, no estaba sólo en los resultados que podían mostrarse sino en el saber realizar el trabajo doméstico de un modo particular. El “fracaso” implícito en ser descubierta con la casa desprolija o sucia no era exclusivamente para el ama de casa en cuestión. El hogar ocupaba un lugar importante en la adquisición y confirmación de un estatus social de clase media. Los artefactos domésticos también en este período ocuparon un sitio relevante en esa confirmación. Al hacerlo, perdieron la connotación de “herramientas de trabajo” para ganar el estatus de “bienes de confort”.

### 3. ¿Herramientas de trabajo o bienes de confort?<sup>18</sup>

*Entrevistadora: -¿Y con la heladera nueva cómo cambió [el trabajo de la casa]?*

*Beatriz: -Y era grande, linda, moderna la heladera que me compró. (Entrevista a Beatriz, agosto de 2008)*

En distintas entrevistas, la heladera aparece como una conquista de la que se destacan sus cualidades estéticas más que funcionales. En algunos casos incluso se la situaba en el comedor y se la adornaba con distintos objetos: desde carpetas de encaje a pequeñas estatuillas que se ubicaban sobre ella. En el fragmento que se transcribe, esto resulta especialmente significativo por el contexto en el que aparece la descripción: se ofrece como respuesta pertinente para una pregunta sobre los cambios en el trabajo de la casa. En efecto, a lo largo de todo el período aquí analizado, en el discurso publicitario los artefactos domésticos eran presentados como bienes de confort más que como bienes de trabajo. Se ha sugerido, en este sentido, que el estilo de los artefactos domésticos induce la imagen de que el trabajo del hogar no es realmente “trabajo” a partir de las referencias a la total automatización de las tareas de la casa, que ya no requerirían que se les dedicara tiempo (Forty, 1986). La imagen de los “domésticos servidores” se repite incansablemente en los avisos que promocionan su consumo. Los artefactos se presentan como sustitutos del trabajo humano, como “empleados domésticos” más eficientes y constantes para el ama de casa que, “liberada” de los quehaceres, podía entonces destinar más tiempo a los suyos.

18. Algunos de los aspectos trabajados en este apartado han sido desarrollados inicialmente en Pérez (2012).

En el relato de varones y mujeres de más edad, migrantes desde zonas rurales, la heladera es un símbolo de bienestar, que trasciende los usos que de ella pudieran hacerse. Éste es el caso de Beatriz (esposa de un trabajador de la construcción), cuyo relato se cita al comienzo del apartado, que nació en un pequeño pueblo de la provincia de Buenos Aires en 1922 y llegó a Mar del Plata en 1953. Es también el caso de Antonio, que nació en 1925 en un pequeño pueblo italiano y llegó a la Argentina en 1950, para emplearse en diferentes trabajos, más o menos estables. Antonio habla de la heladera como símbolo de aquello alcanzado a través del sacrificio. Retomando una asociación frecuente en las publicidades de la época, la heladera era un sinónimo de comida, de lo necesario.

*Antonio: -Y sacrificio, sacrificio. Uno dice, ustedes que son jóvenes, algunos dicen que era más fácil, pero había que romperse. Había que romperse. Y yo el único el único que no me privé es la heladera. Como la ves ahora siempre la tuve. Eso era sagrado. Pero otros gustos, otros, nada. La verdad es que uno se privaba casi de todo. Vestirse y comer sí, pero todo lo demás se privaba, divertimento, excursiones, nada, nada. [...]*

*Entrevistadora: -¿Y después otras cosas como batidora, licuadora...?*

*A.: -Sí, eso sí, siempre. Cuando empezaron a salir, mi señora siempre, era cosa de ella, sí, todo tiene, todo tuvimos. Esta cosa cuando ella la quiso siempre la tuvimos. Yo no tuve problema. Esas comodidades así, esas cosas, nunca nos faltó, no lujo, pero esas cosas nunca nos faltó nada. (Entrevista a Antonio, Mar del Plata, julio de 2009)*

Símbolo de estatus, estos artefactos también marcaron un salto cualitativo en la vida cotidiana de hombres y las mujeres de la edad y la trayectoria social de Beatriz y Antonio: la comida abundante, en buen estado, de mayor complejidad en su preparación, era impensable sin una heladera donde mantenerla eficazmente: la heladera a hielo tenía resultados muy inferiores a la eléctrica. La heladera aparece en el relato de Antonio como fruto de un desplazamiento de sentido que la identifica con la comida, una comida sustancialmente distinta de la del tiempo anterior a ella. En cambio, otros artefactos son presentados como “comodidades” para la mujer de la casa, no como herramientas de trabajo sino como artículos de confort. “Era cosa de ella” es una expresión que Antonio sólo usa cuando se le pregunta por algunos artefactos (la batidora, la licuadora).

Ahora bien, no todos los artefactos gozaron de la misma valoración. En general, en los relatos de los entrevistados todos connotan

el confort y la comodidad propios de un estilo de vida de clase media, pero hay algunos de ellos que ganan mayor relevancia. El caso de la heladera es particularmente relevante. En contraste, el lavarropas tenía un estatus más ambiguo: si para algunas mujeres era "liberador", para otras, en cambio, era sinónimo de vagancia:

*Al principio comprarse un lavarropas era como decir: "Ésta está en la casa todo el día y se compra un lavarropas..." [risas] porque aparte era una cuestión de sacar el cuero, viste, que no sé si era envidia o decir, bueno... "Si está todo el día en la casa, qué necesita lavarropas si no tiene nada que hacer..." [risas] (Entrevista a Estela, Mar del Plata, agosto de 2008)*

*Adriana: -Yo me acuerdo cuando salió el lavarropas: me acuerdo una vecina que dijo: "Las mujeres de ahora...", viste esas cosas que te quedan, "no quieren trabajar más, son todas unas haraganas, ¡cómo un lavarropas va a lavar como una... como una mujer con la mano!", qué sé yo, fue la primera que tuvo lavarropas...*

*Entrevistadora: -¿Quién, su mamá?*

*A.: -No, esa vecina... [risas] (Entrevista a Adriana, Mar del Plata, junio de 2008)*

Estela y Adriana tienen aproximadamente la misma edad. Estela nació en 1953; Adriana, en 1954. En los fragmentos citados, ambas recuerdan su infancia, más precisamente, recuerdan algunas de sus vecinas del tiempo en que ellas eran niñas. La infancia de Estela transcurrió en un barrio de familias de clase media. La de Adriana, en cambio, en uno popular. En ambos relatos, sin embargo, la referencia es la misma. Para muchas mujeres, más allá incluso del sector social del que provinieran y, en ese sentido, de la posibilidad de acceder más o menos tempranamente a uno de estos artefactos, los electrodomésticos eran un artilugio de amas de casa poco dedicadas. Incluso en el marco de una descripción positiva de su uso, la calidad del "producto" obtenido utilizándolos es valorada como inferior a la obtenida en el trabajo realizado manualmente.

Si la heladera aparece como materialización del estatus familiar, sinécdoque del bienestar alcanzado, el lavarropas posee un estatus más problemático, en buena medida por las mismas razones que permiten que se lo presente como "liberador". De hecho, para muchas mujeres la idea de que permitía ahorrar tiempo en las tareas domésticas (fuera o no efectivamente verificada en su experiencia) podía ser perturbadora: si la máquina las reemplazaba, ¿en qué lu-

gar quedaban ellas? Sin embargo, como se desprende del recuerdo de las entrevistadas, tanto el lavarropas como otros artefactos identificados como exclusivamente "femeninos" no lograron mecanizar el conjunto de las acciones implicadas en una determinada tarea e implicaron nuevas labores vinculadas a su mantenimiento.

Los fragmentos citados a continuación pertenecen a entrevistas realizadas a dos mujeres que llegaron a la adultez en momentos distintos. Felisa, que contrajo matrimonio en 1949, recuerda en este fragmento el primer lavarropas que tuvo, a mediados de la década de 1950. Carina, por su parte, nació en 1959 y contrajo matrimonio en 1983. El tiempo del que habla es un presente que se inicia allá por los tempranos 80, cuando comenzó a comprar muchos de los artefactos que hoy ya no utiliza con frecuencia. Ambas señalan que el uso de estos artefactos generaba nuevas tareas, a veces tan numerosas como para evitarlo, incluso teniéndolos a mano.

*Y entonces lo primero que hizo fue me compró la Martinco que era la primera máquina de lavar que salió en la Argentina... Martinco, era enorme, grandota. Lo que tenía [es que] se secaba la ropa por un rollo. Que yo nunca lo usaba porque era como si fuera un rollo viste esos de pasta. Bueno, vos hacías así: tenías que acomodar si había botones. Yo digo: "Ma sí, para qué tanto lío...", si acá se secaba la ropa tan bien que no [era necesario] ni bien la sacaba y la tendía [risas] (Entrevista a Felisa, Mar del Plata, junio de 2008)*

*Mirá, el primer tiempo es como que querés usar todo, querés tener todo... Después, con el tiempo, vas a lo práctico. Tenés que picar una cebolla, qué me voy a poner a... Si tenés una cocina muy amplia en la que vos podés tener todo puesto y buen, que lo metés y ya está... Pero yo tenía que sacarlos de la cosa, armarlo, enchufarlo... Así que después quedaron ahí [...] Hoy en día, no soy de usar mucho las cosas [...]. Ahora, el lavarropas para mí es fundamental. Me puede faltar de comer, pero no el lavarropas. (Entrevista a Carina, Mar del Plata, agosto de 2008)*

De los fragmentos antes citados se desprenden distintas valoraciones del lavarropas, que cambian de acuerdo con la edad de la entrevistada pero también del tipo de lavarropas que se tuviera a disposición. Si Carina habla del lavarropas automático, que recién ganaría difusión en los años 70, la puesta en funcionamiento de los anteriores, como se vio en el relato de Felisa, implicaba una serie de numerosas tareas, complicadas aun más por su simultaneidad

con otras, que es una de las características peculiares del trabajo doméstico.

Fuera que se los presentara como liberadores o como ardid de amas de casa “vagas”, la asociación que se propone entre esos objetos y la idea del confort es fuerte y generalizada. Sin embargo, al tiempo que diluían el trabajo doméstico en una imagen de confort, los discursos a partir de los que se promovían estos bienes otorgaron una nueva centralidad al ama de casa como consumidora. Los artefactos domésticos cambiaron el régimen de visibilidad del trabajo doméstico: el ama de casa ayudada por sus “eléctricos servidores” podía permanecer siempre descansada, bella y elegante, encarnando ella misma la imagen del éxito social de su marido, y garantizando con el tiempo “liberado” mayor bienestar a su familia.

Ahora bien, en el período analizado, buena parte de los hogares de la ciudad de Mar del Plata tenían no sólo artefactos vinculados con el trabajo doméstico sino también artefactos con el trabajo usualmente considerado “productivo” pero realizado en el espacio del hogar, en especial, de máquinas de coser y de tejer. En efecto, muchas mujeres tejían o cosían “para afuera”, en tiempos en los que la industria textil en desarrollo necesitaba mano de obra extra.<sup>19</sup> ¿Qué sentidos eran atribuidos a estas tareas? ¿En qué medida el uso de artefactos que las mecanizaban cambió la forma en que se las concebía? ¿Cambia el modo en que se las representa de acuerdo al género de quien las usaba?

Para muchas mujeres de familias trabajadoras, coser, bordar o tejer fue una manera de tener un ingreso propio desde la adolescencia o temprana juventud. Para muchas, sin embargo, la máquina de coser o de tejer fue una posibilidad sólo años más tarde, paralela al acceso de las máquinas asociadas al trabajo doméstico y a los cambios en el hogar fruto de la migración de espacios rurales a urbanos. Ése es, entre otros, el caso de Beatriz:

19. La industria del tejido, en particular el sector de tejidos de punto, surgió en Mar del Plata en la década de 1950, apoyada en el trabajo artesanal de migrantes italianos y en un aumento de la demanda generada por el turismo. Para 1974, había alrededor de 180 empresas textiles registradas en la ciudad. Se trataba de un sector constituido por empresas de distintos tamaños, buena parte de las cuales eran muy pequeñas. En 1993, por ejemplo, el 73% de las empresas de confecciones y el 44% de las de tejidos de punto no superaban los cinco empleados. Esto se vinculaba con un alto nivel de actividades no registradas, buena parte de las que eran trabajo domiciliario (AA.VV., 2002).

*Al mes de venir acá a Mar del Plata, había una vecina acá enfrente, cruzando la calle, que la primera vecina que vino a ofrecerse que cualquier cosa que yo precisaba, si necesitaba, que me acompañara al centro, que ella me iba a acompañar siempre... Bueno, yo al mes le pedí si no podía conseguirme una profesora para bordar a máquina. [...] acá aprendí, que allá en el campo no había. No, no, no. Aprendí acá. En España y Almafuerte [...] Así que aprendí en diez meses, me recibí de profesora con diploma [...] A los seis meses yo ya trabajaba para afuera. (Entrevista a Beatriz, Mar del Plata, enero de 2007)*

De joven, en Juárez, Beatriz también cosía y hacía distintos trabajos a partir de los cuales podía comprarse una prenda o algún accesorio. Su iniciativa es presentada como elemento distintivo respecto de sus hermanas más “quedadas”. Aun así, la mudanza a la ciudad marca un quiebre. ¿Qué es lo que “no había” en el campo en ese entonces? Máquinas: la máquina con la que aprendió a bordar en Mar del Plata era parte de las novedades del espacio urbano al que llegó en 1953. El manejo de estos artefactos le brindó otra distinción: haberse recibido, es decir ser una profesora (que sabía más que otros, que podía enseñarles), con un diploma que acreditaba sus conocimientos técnicos. La identidad que Beatriz construye en su relato es la de una mujer que trabaja, que trabajó siempre, a quien le “gusta” trabajar. Ese trabajo le permite, por otra parte, situarse como hacedora —a la par de su marido— del progreso de su familia, de la casa que construyeron, así como de los anexos y las mejoras que fueron incorporándole. La distinguía, entonces, no sólo de sus hermanas que se quedaron en Juárez, sino también de sus vecinas marplatenses que “se ponían de visitas” y perdían el tiempo.

*A mí, vas a venir a mi casa y nunca me vas a encontrar... Me gusta trabajar [risas] [...] Yo, mirá, todo el día trabajo. Todo el día. Yo, mirá, si tengo una hora o dos horas para coser, lo hago. A mí me gusta trabajar [...] Yo visitas no tengo, no [...] Algún día. Yo trabajo todo el día, qué voy a poner de visitas. (Entrevista a Beatriz, Mar del Plata, enero de 2007)*

*Tejí cualquier cantidad de años. Para sostener muchas cosas. Querían televisión, cuando la compré ayudando a mi esposo. [...] el televisor lo había comprado yo para los chicos. Había comprado un televisor porque así se quedaban más tranquilos y me dejaban trabajar. Y... Y radio, sí. Una radiecita tenía mi esposo. Porque no era emprendedor. Ese era el problema. No era emprendedor. Muy querido acá en el barrio.*

*Pero no era emprendedor, así de querer progresar. Eso... como quedado. Había que empujarlo siempre.* (Entrevista a María, Mar del Plata, junio de 2007)

En otros casos, el trabajo realizado con estas máquinas desde dentro de la casa supuso la posibilidad de alcanzar bienes “de lujo”, como el televisor, en momentos de relativo apremio económico. María nació en Mar del Plata en 1930 y ya tejía (a máquina) “para afuera” de soltera. Se casó en 1954 y siguió tejiendo durante mucho tiempo para “ayudar” a su esposo. En el caso de María, en el trabajo con la máquina de tejer reposa la construcción de una identidad como “emprendedora”, que contrasta con la figura de su marido. También ella construye una identidad como trabajadora: compró el primer televisor no para ella sino para sus hijos, no para mirar televisión, sino para que la “dejaran trabajar”.

La autonomía lograda a partir de este trabajo es todavía más evidente y más fuerte en el caso de Nilda, quien gracias a él sostuvo su hogar después de divorciarse en 1988, ya teniendo sus dos hijos. Entre las ventajas que adjudica a este trabajo, Nilda señala la posibilidad de manejar los horarios más libremente que en un empleo fuera de su casa y, de esa manera, conciliar la tarea remunerada con el trabajo doméstico. Nilda es más joven que Beatriz y María. Como ya se indicara, nació en 1948 y vivió en San Genaro Norte, provincia de Santa Fe, hasta 1974, cuando se casó con un médico. Ya casada, vivió un tiempo en la ciudad de Córdoba, donde tuvo su primer hijo, y más tarde en la Capital Federal, donde nació su hija menor. Uno de los elementos de su relato que resulta más interesante es el lugar en que sitúa sus saberes vinculados al ser una buena ama de casa adquiridos en la infancia. A diferencia de lo planteado por Beatriz, para quien el uso de la máquina de bordar fue un aprendizaje que la distanció respecto del mundo de su juventud en Juárez; en el caso de Nilda, tejer a máquina formaba parte de aquellos saberes aprendidos de su madre como parte de las labores del hogar.

De todos modos, el de Nilda parece haber sido un caso excepcional. Más general, en cambio, parece haber sido la necesidad de incorporar nuevos saberes para el uso adecuado de estos artefactos. Perla, quien trabajó como vendedora de la casa Necchi (que no sólo comercializaba sino también fabricaba de máquinas de coser y de tejer), recuerda que se ofrecían cursos gratuitos y demostraciones organizadas por el propio comercio con la intención de aumentar las ventas. Otros vendedores confirman el recuerdo de Perla, tanto con relación a los cursos y demostraciones impartidas (no sólo de éstas, sino también de

otros artefactos) como con el uso estrictamente doméstico –es decir, destinado a la propia familia– por parte de quienes las compraban. Sin embargo, se trataba de un saber que se aprendía como doméstico, como parte de las labores del ama de casa, pero que, llegado el caso, podía transformarse a partir de su uso destinado al mercado.

La existencia de cursos en los que se enseñaba el uso “correcto” de los artefactos (tanto máquinas de coser o de tejer como licuadoras) habla, en cambio, de la necesidad de un saber “extra” para la incorporación de nueva tecnología, ya para el trabajo doméstico, ya para el domiciliario. Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido con artefactos dirigidos de manera más específica a un público masculino (que serán trabajados en el próximo capítulo), las indicaciones de los cursos, los manuales de instrucciones y las publicidades de aquéllos destinados al trabajo típicamente femenino no tenían un contenido eminentemente técnico en el que se considerara su funcionamiento, sus partes, los modos de repararlos. Volvían, en cambio, sobre saberes tradicionales del ama de casa, a los que imprimían un nuevo sesgo: los manuales de instrucciones de licuadoras y ollas a presión eran recetarios “modernos”, los de máquinas de tejer, indicaban cómo hacer los puntos de moda.

El estatuto de las máquinas de coser y tejer era más bien ambiguo. Por una parte, eran fuente de remuneración y, en tanto tal, de independencia para las mujeres que las utilizaban para producir bienes para el mercado. Por otra, tanto desde los discursos que promovían su consumo como desde los saberes requeridos para su uso, se las situaba en un continuo de sentido con los artefactos destinados al trabajo doméstico. De esta ambigüedad también da cuenta el relato de Antonio:

*Antonio: –Yo la verdad no tengo un oficio fijo, fijo. Pero hice de todo. [...] Varios inviernos trabajé en el frigorífico del pescado, ah, yo no le mezquinaba al trabajo, trabajaba de peón de coso, y después se... me compré una... cuando empezó el tejido en Mar del Plata, en Mar del Plata [interrupción] Cuando empezó la época del tejido. Yo he sido parte del tejido. Yo me compré una máquina, mepecé a trabajar una temporada en un restaurant, Ambos mundos, que está en Rivadavia entre Córdoba y San Luis, siempre me acuerdo los dueños, cuando termina la temporada estaba sin trabajo. Y era una época que se trabajaba mucho en el tejido. Entonces compré una máquina de Textilana, está todavía camino a Batán Textilana, que tenía una venta de máquinas en el centro y se lo pagabas con tejido. Y de ahí fui a una academia a aprender a tejer. Todo*

*a mano, todo a máquina eh, ahora todo eso que ponen computadoras, no, no, existían pero tenías que hacerlo todo de acá [se señala la cabeza]. Por ejemplo vos dabas diez vueltas con este color, si querías hacer de varios colores, después tenías que dar otras diez vueltas o cinco vueltas con otro color, todo a mano, todo mentalmente tenías que hacerlo [...]. También había que trabajar todo a mano, todo y te rendía. Tenías que echarle muchas horas. Trabajé muchos años, pero igualmente en el invierno, trabajaba de, con la máquina.*

*Entrevistadora: [...] –¿Y su señora también trabajaba?*

*A.: –Sí, ella me ayudaba. Ella pobrecita siempre me ayudó siempre.*

*E.: –¿Trabajaba adentro de su casa o salió?*

*A.: –No, no, siempre acá conmigo. Siempre conmigo, ¿me entendés? Inclusive en el verano cuando ella venía a ayudarme a mí, teníamos a mi suegra, mi suegra venía nos cuidaba a los chicos. Yo iba temprano y ella venía más tarde. (Entrevista a Antonio, Mar del Plata, julio de 2009)*

En el relato de Antonio, en el que los artefactos vinculados al trabajo doméstico eran presentados como las “comodidades” para la mujer, la máquina de tejer aparece, en cambio, como una herramienta de trabajo que él mismo usó, que tuvo que aprender a usar en una academia y que exigía “usar la cabeza” y trabajar con las manos (elemento que ganará importancia en el capítulo siguiente). La mención del tejer a máquina aparece en el contexto de la respuesta a la pregunta por el trabajo, enmarcada en una serie de oposiciones. En primer lugar, se lo contraponen a las máquinas de tejer actuales, en las que las computadoras resuelven todo. Más tarde, el contraste se establece entre su “trabajo” y la “ayuda” de su esposa –una nota al margen: en el discurso de Antonio, “en casa” es “acá conmigo” independientemente de si el “acá” es adentro o afuera del hogar-. El tejido a máquina forma parte, además, de la enumeración de los distintos trabajos que desempeñó a lo largo de su vida. Aparece inmediatamente después de la frase “yo no le mezquinaba al trabajo”. El valor biográfico del relato de Antonio está en el progreso material y en los sacrificios realizados para alcanzarlo.<sup>20</sup> El trabajo en el te-

20. Tomo la idea del “valor biográfico” de Leonor Arfuch (2002), quien lo utiliza para dar cuenta del tono con el que las biografías (en este caso los relatos de vida) están narrados, tono que las tiñe y las acerca a otros géneros literarios. El esfuerzo que gana el lugar del heroísmo y que permite justificar las acciones acerca el relato de vida de Antonio a la épica.

jido es un ejemplo, quizá el más intenso por el lugar en el que se lo ubica discursivamente y por su cercanía al mundo femenino, de los esfuerzos implicados en obtenerlo.

En todos los casos –de varones y mujeres de distintas generaciones y vinculados con diferentes tradiciones– el trabajo con las máquinas de coser y tejer es fuente de orgullo en la medida en que es una estrategia para obtener dinero en circunstancias difíciles. Para las mujeres, específicamente, permitía tener un ingreso económico sin salir del hogar, utilizando “tiempos muertos” del trabajo doméstico o tiempos que se quitaban al descanso, pero que no impedían llevar adelante las obligaciones diarias vinculadas a la casa y a los hijos. El lugar de estos artefactos es ambiguo. Si por un lado pareciera reforzar la identificación de las mujeres con lo doméstico, por otro da pie a que también varones lo reivindicuen como espacio propio y como trabajo calificado, calificación que, notoriamente, no se reconoce cuando la ejecutante es una mujer porque forma parte de su saber “natural”.

\* \* \*

A lo largo de la segunda mitad del siglo xx y en el marco de la mecanización del hogar, el trabajo doméstico cambió de modo sustancial. Nuevos combustibles y artefactos aligeraron el esfuerzo requerido aunque, por sí mismos, tuvieron un efecto menor sobre los tiempos de ese trabajo. En buena medida, esto obedeció al aumento de los estándares a partir de lo que se lo evaluaba, que fueron en sintonía con la reedición del modelo de mujer doméstica analizada en el capítulo anterior. La disminución en el tiempo dedicado a este trabajo habilitada por la incorporación de tecnología al hogar dependió, para ser efectiva, de los cambios en dichos estándares que se observan en la generación de entrevistadas más jóvenes, así como en la posibilidad de distribuirlo con otras personas. En la medida en que la división sexual del trabajo no fue puesta en cuestión, esa distribución fue mayormente entre mujeres.

Los tiempos del acceso a los distintos artefactos y servicios analizados aquí marcaron profundas desigualdades en las condiciones materiales de vida de distintos sectores sociales. En particular, la provisión de electricidad, gas y agua corriente, así como la posibilidad de comprar una heladera eléctrica o un lavarropas automático, son elementos a partir de los que aparecen fuertes distancias entre la cotidianeidad de quienes los tuvieron antes y después. Si por sus peculiaridades Mar del Plata fue un escenario propicio para la rá-

vida apropiación de unos modos de habitar modernos y asociados a la clase media, también fue un espacio en que la desigualdad entre quienes podían adoptarlos más o menos rápidamente fueron vividas más intensamente. El mundo del barrio en el que se cruzaban familias y sujetos de distinto poder adquisitivo, en el que se exhibían (y también se impugnaban) los nuevos signos de estatus, fue un espacio donde la proximidad física acentuaba la distancia social.

Las desigualdades sociales fueron reforzadas por otras de carácter regional, que enfatizaron la diversidad de modos de aproximarse a productos e imaginarios potencialmente homogeneizadores de organizar lo doméstico. Las limitaciones en el consumo de distintos bienes así como en el acceso a diferentes servicios implicaron unas pautas particulares de apropiación de aquel modelo, enmarcadas en redes de relaciones personales, en el acceso a distintos objetos y servicios, en los usos compartidos de los artefactos, y en los circuitos de consumo de bienes usados. Los artefactos también fueron investidos de distintos sentidos de acuerdo a los usos que de ellos se hicieron. Varones y mujeres recuerdan estos objetos de forma diferente. Entre los varones, se los presenta como objetos de estatus, como lujos o bienes de confort. Si esas imágenes también ocupan un lugar relevante en los relatos de las mujeres, en ellos también aparecen otros elementos: las tareas que generaban, los trabajos realizados con ellos, su problemático lugar como “liberadores”, son sólo algunos ejemplos.

Las representaciones de estas tecnologías como bienes de confort —que se observan tanto en los relatos de los entrevistados como en los discursos que promovían su consumo— cambiaron el régimen de visibilidad del trabajo doméstico. Si por una parte otorgaron centralidad al ama de casa como consumidora, por otra reforzaron las desigualdades del trabajo doméstico, en la medida en que diluyeron su condición de trabajo, disminuyendo su valor y desalentando, así, que los varones se involucraran en él. En este sentido, su comparación con otras “máquinas domésticas” puede contribuir a esclarecer los caminos a través de los que se instalaron ciertos usos que reforzaron la división sexual del trabajo. ¿Qué artefactos presentes en el hogar fueron identificados como masculinos? ¿Qué diferencias presentaban respecto de los trabajados aquí? En el próximo capítulo abordaré estos interrogantes.

## CAPÍTULO 4

### ¿Retorno del esposo al hogar?

#### *Hogar, tecnologías y masculinidades domésticas*

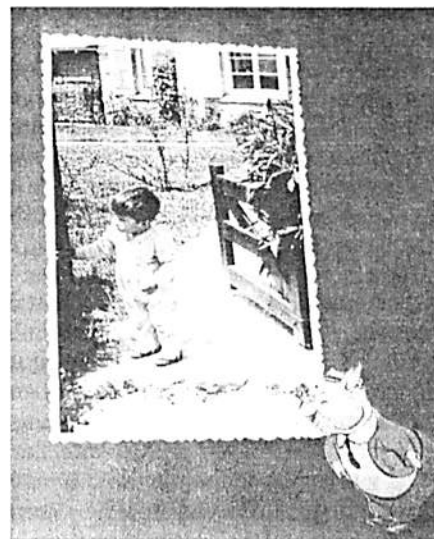


Ilustración 1. Foto de Julián. Archivo personal.

La fotografía propuesta como inicio de este capítulo es una pieza del acervo personal de Julián, uno de mis entrevistados. Forma parte de un álbum en el que su madre organizó un conjunto de imágenes de los primeros años de su vida de casada. No son sólo fotografías; aparecen también otros elementos, como los pasajes del viaje de novios o las figuritas con las que se adornan las páginas dedicadas